

hermosa Italia; y á comienzos del siglo décimo-quinto llegaba ya por las altas gargantas, cuyos desfiladeros, angostos y enriscados, abren cauce al Ródano, desde los ventisqueros donde brota, despeñándose casi, al inmenso lecho que parece de lapizlázuli, donde se purifica y azula. Inclínándose por las pendientes en que se halla colocada Suiza, lo mismo á la península itálica que á Francia y á Alemania regadas en parte por las filtraciones de sus nieves eternas, jamás tomó ni carácter francés, ni carácter italiano, ni carácter germánico. Gentes de diversas nacionalidades constreñidas por multitud de concausas á vivir entre lagunas y selvas, bajo ventisqueros y aludes, fueron trazando en las costumbres aquellas instituciones conformes con su origen humilde y su carácter sencillo. Un patriado se formó naturalmente como se forman las aristocracias siempre que reina la guerra. Pero este patriado no pudo resistir ni á la revolución religiosa, que al emancipar todas las conciencias emancipaba también al hombre, y por ende al ciudadano; ni á las revoluciones políticas que tenían y depositaban gérmenes de igualdad en aquel campo tan favorable y dispuesto para su germinación; ni al ejemplo de los primitivos cantones, dentro de los cuales se conservará la democracia pura y directa. Sin embargo, la revolución religiosa no igualó todos los cantones y no logró la igualdad en cada uno los fáciles triunfos prometidos por la historia de tal territorio y por la naturaleza de sus instituciones. El ducado de Borgoña por un lado y el ducado de Saboya por otro, arremetieron á Suiza. El árbol de Morat y el escalo de Ginebra dicen cuán expuesta se halló la República en su desarrollo á sucumbir bajo el peso de feudales vecinos. Además, las competencias entre los Valois y los Austrias por el Milanesado, las guerras de Valtelina, las correrías de los franceses por el Rin, las defensas naturales buscadas por Alemania contra los vecinos de Occidente por su flanco izquierdo, la rivalidad entre la Iglesia y la Reforma, engendraron conflictos que han llegado á nuestros mismos días en las dificultades continuas con Italia por el Tesino, en las conquistas de Ginebra por Francia en la guerra de Surdebur, en las continuas luchas religiosas que han llevado estos primogénitos y predilectos de la libertad á imitar las leyes cesaristas de Alemania y oprimir las conciencias por mano de una democracia, y á nombre de la más secular y más veneranda de todas las Repúblicas. Pero entre las grandes condiciones la forma republicana resalta indudablemente su flexibilidad que le procura fácil acomodamiento con las circunstancias ambientes. Y hoy presenciamos en Suiza una tan feliz combinación del progreso con la estabilidad, que no podemos resistir á la tentación de llamarla, cual un día la llamó Meternich, grano de concentradísimo y puro aroma, el cual perfuma con sus particulillas purificadoras todo el centro de nuestro continente. Con sólo entrever y saludar á la Suiza contemporánea, se nota cómo aquellos montañeses han logrado por el ejercicio de la libertad reunir en verdadera nación pueblos dispares, hasta enemigos, y careciendo de acceso al mar que abre las grandes vías al comercio, sin fronteras que la preserven de irrupciones, imponerse al respeto de la Europa entera y cosechar en

paz y en dignidad los sabrosos frutos del trabajo. Aparece, pues, Helvecia como nación esencialmente progresiva entre las naciones progresivas de no menor importancia.

Y aun hay otros Estados, que, al modo de Suiza, bien merecen amén del nombre de progresivos, el nombre de intermediarios entre las grandes potencias de nuestra Europa, como si los hubieran creado naturaleza y sociedad con el fin expreso de amortiguar los choques bruscos entre moles tan enormes. Pues igual carácter tienen los Estados de Bélgica y Holanda venidos á la vida y á la Historia moderna por tan extraños y escabrosos caminos. Entre los grandes feudos constituidos al Oriente del territorio francés, ninguno tan importante como el ducado célebre de Borgoña. Este feudo constituido por las fatalidades propias del período feudal á reconocer dos supremacías, una en los reyes de Francia y otra en los emperadores de Alemania, inclinábase naturalmente á constituirse por fuerza en monarquía. Y esta monarquía, muy ahogada entre territorios franceses y alemanes y helvéticos, inclinábase á extender su dominación por todos lados para su particular engrandecimiento. En tal tendencia, los duques borgoñeses escogían así el odio como el amor, llegando á su fin por una conquista ó por un casamiento. Casóse uno de ellos, Felipe el *Atrevido*, á fines del siglo décimo cuarto, con la heredera de Flandes, Margarita, y á la muerte del suegro Luis el *Fuerte*, recibió unos dominios ribereños al mar, vecinos de Francia, enclavados entre tal monarquía y el imperio, puestos á merced y arbitrio de cien competencias, sometidos á varios supremos imperantes en las complicaciones propias de las edades feudales. Llamáronse Países Bajos los tales dominios. Grandísima herencia para los duques de Borgoña, elevados á reyes y poseedores de una parte del mar, pero herencia tentadora de suyo á empresas atrevidas, pues entre los ducados, ó monarquías de Borgoña y los Países Bajos, levantábase nada menos que Suiza y Alsacia y Lorena y Luxemburgo y los feudos rhinianos, dividiéndolas en dos fragmentos diversos y apartados. El primer duque de Borgoña que tuviese aliento, con seguridad emprendía una conquista. Y en efecto, surgió uno llamado Carlos, á quien le ha dado la Historia, no el nombre de valeroso, el nombre de temerario. Y éste soñó con tener un reino que se dilatara desde las orillas del Mediterráneo hasta las orillas del Atlántico, y cogiera toda la línea dilatada sobre la cabeza de Francia y bajo los pies de Italia y Alemania en el ambicionado trayecto. Había por fuerza de chocar con los reyes franceses, con los cantones suizos, con los príncipes rhinianos. Y chocó. Los suizos le vencieron y los franceses le quitaron el ducado de Borgoña sustraído á sus dominios por la huesosa mano, semejante á una araña siniestra, de Luis XI. Carlos murió desesperado. Mas casó á su hija con el célebre Maximiliano de Austria, emperador de Alemania. El yerno se parecía mucho al suegro en lo fantaseador y en lo temerario, mas le era superior en política. Maximiliano y María hubieron á Felipe el *Hermoso*. Fernando V, enemigo irreconciliable de Francia por causa de Navarra y del Rosellón y de la Cerdenia y de Sicilia y de Nápoles, casó á su hija doña Juana la *Loca*, con Felipe el *Hermoso*,

matrimonio concebido contra Francia. Y Felipe el *Hermoso* y Juana la *Loca* hubieron á Carlos V. Muerto el príncipe don Juan, y muerta la genitura de éste, quedó el derecho á la corona hispana en Carlos, y con tal derecho, el de allegar á corona tan excelsa los dominios borgoñones por su abuela María de Borgoña, y con los dominios borgoñones, los dominios austriacos por su abuelo Maximiliano. ¡Qué inmensa herencia! Los Países Bajos, aunque sometidos á una monarquía eminente, resultaban, por su historia peculiar, tan libres y tan demócratas y tan soberanos como los cantones suizos. Había un patriciado ilustre, como siempre lo hubo en la Edad Media, que constituyó una sociedad más ó menos fuerte; animada y nutrida en el espacio feudal. Pero junto á este patriciado existía una clase media y un estado popular muy fuertes, muy ricos, muy valerosos y hasta indóciles en virtud y por obra de la Independencia que trae á los ciudadanos libres un trabajo fecundo y un comercio activo. Las ciudades con sus casas de Ayuntamiento mucho más bellas y grandes que regios palacios, muestran cómo la vida municipal animaba todo Flandes, y esta vida municipal debía naturalmente condensarse de suyo en Parlamentos y extenderse hasta el extremo de hacer á los Países Bajos una gran democracia presidida por un rey ó magistrado hereditario.

Hay ciertas obras que parecen productos de la casualidad, y que luego resultan, vistas y examinadas tras muchos siglos y generaciones, utilísimas al procomún de la civilización y de la cultura universal. Entre tales obras, ninguna tan temeraria como la de Carlos, la cual ha pasado con este apellido á la posteridad, por las empresas de su autor. Pero, seguramente, cuando se han visto los cuatro siglos, transcurridos desde la grande locura de Carlos, y se han anotado las guerras en esos siglos acaecidas, cree uno que hubiera resultado un gran bien quizás oponer á las cóleras de Alemania contra Francia y á las cóleras de Francia contra Alemania un espacio capaz de impedir los choques terribles entre moles tan enormes. Pero Carlos no tuvo la fijeza necesaria de pensamiento y de propósito, que piden las grandes obras y las grandes ambiciones. De haberlo tenido, no enlazaría su familia á las reinantes en el Este de Alemania; pues, con tal proceder, deshacía por el amor y sus matrimonios lo mismo que hiciera por la guerra y sus conquistas. El Estado á medio hacer que había constituido, perdiendo unas porciones, y ganando en sus desvarios otras, pasó á la casa de Austria; y desde que pasó á la casa de Austria perdió los caracteres principales de su grande utilidad al bien común europeo, que ha debido consagrar el tiempo nuestro con la neutralidad indispensable de Bélgica y Suiza. El temperamento propio de los Países Bajos, y la grandeza enorme de sus hereditarios señores, debían engendrar irreconciliables enemistades entre unos y otros. Mientras vivió Carlos V, á pesar de insurrecciones como la de Gante, á pesar de aquellos célebres profetas engendrados por la revolución religiosa y por la guerra labriega, que trajeron tan á mal traer á Leyden, se conservó la dominación de nuestros reyes en aquellos pueblos. El emperador había na-

cido en Gante, distinguía mucho á los flamencos aun con disgusto de los castellanos; llevaba en su alma principios de tolerancia como los formulados en el interin de paz entre la Revolución y la Iglesia Católica: no podía, por tanto, ni pesar sobre la vieja vida municipal ni pesar sobre los nuevos dogmas teológicos. El municipio y el Parlamento se conservaban como podían, y como podían se desarrollaban las nuevas ideas transfundidas al mundo en general por los vientos del espíritu y á Flandes en particular por su vecindad á Germania. Pero vino Felipe II tras Carlos V, un castellano viejo, como nacido en Valladolid, un católico rancio educado por santos é intolerantes arzobispos como Tavera, un déspota enemigo de toda libertad, el verdugo de Egmond, de Montigny, de Lanuza. Parte de los Países-Bajos le impetran que respetara la ley espiritual de sus creencias; otra parte la libertad política de sus instituciones. Felipe II atropelló por todo, y desconoció la libertad. El resultado tristísimo de tamaña política fué lógico: las provincias adscritas al protestantismo, las del Norte, quedaron independientes, constituyendo una República federal, que ha brillado con extraordinario brillo en el mundo, y las provincias del Mediodía quedaron bajo la dominación española en gran quietud y en una relativa libertad municipal. El año 1713, por la guerra de sucesión, tuvimos que cederlas al Austria, bajo cuyo dominio permanecieron hasta que las conquistó en 1792 la Revolución francesa, victoriosa de los reyes europeos y de su funesta liga contra la libertad. Así permanecieron, aunque Napoleón constituyera un reino de Holanda para su hermano Luis, con aquella grande arbitrariedad propia de su siniestro pensamiento político, hasta que la reacción del año catorce y la Santa Alianza del año quince reunieron Holanda con Bélgica y las colocaron bajo una sola corona con ánimo de contrariar á Francia. Repitióse á tal solución el fenómeno mismo de la décima sexta centuria. Quince años estuvieron reunidas aquellas regiones tan separadas por su fe religiosa. Bélgica se constituyó en reino, y buscó una dinastía entre los felices Coburgos de Alemania. Holanda conservó la misma dinastía que le habían dado las leyes internacionales del año quince. Aquel reino intermediario entre Alemania y Francia soñado por Carlos el *Temerario*, se ha desvenado como todo su sueño, y su espacio aún está sembrado de guerras y de revoluciones. Pero hay tres naciones progresivas allí: Helvecia, Bélgica y Holanda.

Esta idea de interponer un Estado, que llegase desde las costas del Mediterráneo hasta las costas del Océano, entre las grandes regiones de nuestra Europa representadas por Francia y Alemania, esta idea, todavía perdura en nuestro siglo y todavía genera ciertas unidades políticas, manteniéndolas en diplomática neutralidad, asegurada por el unánime consentimiento de las potencias mayores y primeras. Como sucedió tantas veces en las viejas monarquías, donde los afectos de familia solían sobreponerse á las ideas de los jefes del Estado; y aun á los intereses de este último, sucedió en la obra de Carlos el *Temerario*, lo que había procurado el monarca, interponiendo una parte de Provenza, otra de Suiza,

otra de Alsacia, otra de Lorena, otra de Flandes y otra de Holanda entre las regiones centrales, sobre todo, entre Francia y Alemania, lo destruyó el padre al casar su hija María de Borgoña, con el emperador de Alemania y duque de Austria, Maximiliano I, abuelo de Carlos V. Gravísimo error cometió separando por su política y por sus guerras Francia y Alemania para concluir uniendo esta última con sus Estados en el vínculo hereditario de su monarquía. No damos un paso en los viejos tiempos de la historia humana, sin que surjan enseñanzas prácticas á demostrarnos los errores y los crímenes del viejo régimen absolutista. En aquellos tiempos los reyes vendían y traspasaban sus Estados á guisa de predio, y sus súbditos á guisa de rebaño, según su conveniencia personal ó la conveniencia de su familia. Como Carlos III pudo en España vender á los extraños una parte considerable de su América, sin saberlo y advertirlo el pueblo, Carlos el *Temerario* pudo disminuir el Estado, que había compuesto con altos fines más ó menos adivinados por su intuición, para engrandecer el patrimonio de su hija, y verla sentada en el trono altísimo de Alemania, llamándose con ufania Emperatriz, y reuniendo so el manto suyo tantos principúculos de la dividida Germania, sin contar en esta suma las regiones lejanas más adscritas al Imperio en el Oriente de nuestra Europa. Sea lo que quiera de todo esto, resalta en su totalidad una trascendente y admirable enseñanza, la de que todavía hoy Europa necesita con suprema necesidad, para el cumplimiento de sus ulteriores destinos, para la obra de paz indispensable á sus comunes intereses, para la organización de su libertad, erigir fajas de territorios neutrales entre las grandes potencias que contrasten por algún modo sus enormes fuerzas y detengan ó amortigüen sus mutuos tremendos choques ¡Cuánto no ha crecido Rusia, tan amenazadora de suyo á todos los intereses occidentales, desde que Polonia cayó en sus garras por la triste desmembración, nunca bastante llorada, y cayó también Crimea por las increíbles conquistas rusas! Estos territorios, levantados por un lado entre Turquía y Rusia; por otro lado entre Rusia y Alemania, podían para entonces los choques terribles de cuatro grandes imperios, expuestos hoy á estrellarse unos contra otros por la triste falta de tan preciosos amortiguantes.

En el centro de nuestra Europa queda todavía, por fortuna, un resto de aquella obra concebida en el pensamiento elevado, frustrada en la voluntad tornadiza de Carlos el *Temerario*. Esta obra se llama hoy la neutralidad belga y la neutralidad helvética. Y esta neutralidad belga con esta neutralidad helvética, no representan en el mundo europeo sino la necesidad sentida por Europa entera, de amortiguar los choques temibles entre Francia y Alemania. Bajo la obsesión de tal temor, hanse declarado neutrales el reino de Bélgica, la República de Helvecia y una parte de la misma Saboya, por anexiones recientes reincorporada; en tratados solemnes y tras plebiscitos unánimes, á la nación francesa. Por tales motivos, los asuntos interiores del pueblo belga y del pueblo suizo élévanse á verdaderos asuntos internacionales. Todo político inglés pregunta con anhelo á sus prohombres y estadistas

si la Gran Bretaña se lanzará ó no á la guerra por conservar la neutralidad de Bélgica, dado el peligro de que una gran potencia tome la desembocadura del Escalda y pueda cerrar en las edades por venir los centros europeos, al trabajo y al comercio inglés. Los recelos crecen de tal suerte, que un eminentísimo estadista sajón, Sir Carlos Dilke, ha publicado profundo estudio en Revistas importantísimas, tanto francesas como británicas, sobre la posibilidad en el pueblo belga de salvar su ser y estado neutral contra las probables agresiones germánicas en la inminente guerra con Francia. Estas cuestiones por tal modo han transcendido á la política interior del breve reino, que su ministerio ha presentado proyectos referentes á las fortificaciones, á las armas y al servicio, todos ellos movidos y determinados por la sospecha, bien explicable, de una invasión germánica. Las Cámaras no han mostrado en este asunto el celo activo de su gobierno, y por los medios usuales en las resistencias parlamentarias, hánse opuesto á validar las proposiciones presentadas. Y en efecto, el rey se ha creído, á pesar de su constitucionalismo hereditario, en el deber de intervenir; y ha tratado la cuestión como pudiera tratarla cualquier belga exento de sus responsabilidades. Y lo que pasa en el territorio belga pasa en el territorio suizo también. Esta confederación ha estimado, en vista de las dificultades presentadas á la seguridad completa de su territorio por los sucesos en perspectiva, entenderse con Francia, pidiéndole que le asegure con su garantía la necesaria neutralidad é independencia del territorio saboyano inscrito en los tratados internacionales. Y ha sucedido más, ha sucedido que recelosa Helvecia de ciertos partidos italianos, los cuales en su espontáneo pero poco sesudo irredentismo, sueñan todavía con devolver á Italia los territorios del Tesino, pertenecientes á Suiza, se ha creído en el caso de recordar valientemente con esta pacífica, pero libre y republicana región, tiene todos los medios en su ejército de salvar su propia independencia y su diplomática neutralidad.

Recordamos estos factores de las naciones progresivas, porque sin ellos no pueden explicarse los antecedentes ó genealogías de la revolución francesa, cual tampoco su complemento y perfección. Nos fijamos en estas naciones llamadas neutrales, por otro muy llano motivo; porque siendo la guerra una de las mayores plagas que pueden originarse y originándose de la guerra todo despotismo, el territorio y el pueblo, puestos fuera de tan pestilente aire, sirven mucho al progreso universal, y asegurando la pública paz aseguran el mayor de los bienes con ella, la próspera libertad. El pueblo, que ha iniciado, como nuestra España, todo un continente nuevo en la civilización cristiana; el que ha removido, como Francia, en sus entrañas, el humano espíritu, y ha promulgado á costa de inenarrable dolor el derecho en los individuos y en los Estados; el que ha establecido el gobierno parlamentario y limpiado los mares de piraterías, como el horrible comercio de negros, cual ha sucedido en Inglaterra; el que ha dado un ejemplo práctico de nueva y duradera República, cual acontece á Suiza, el gran maestro de los peregrinos diseminados por